



NÚMERO 803

5 DE OCTUBRE DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de castillo

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La mentira femenina, por F. A. — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (continuación). — Receta culinaria.

do de bieses de seda a cuadros. Chaquetita kimono con cuello y bocamangas de liberty gris; chaleco de tul blanco.

III. *Traje* de tafetán de color habana guarnecido de un ancho entredós bordado que orla el borde de la túnica. Ancho cinturón y falda interior de tafetán azul.

4. PÁGINA PARA LOS NIÑOS.

I. *Traje* de criatura, de muselina estampada, cerrado a un

traje representado a continuación. Este abrigo puede hacerse asimismo de terciopelo o de paño de seda.

II. *Traje* de cachemira de seda, color de limón. Falda guarnecida de pequeños pliegues en el centro del delantero, cuerpo abierto sobre un chaleco de linón blanco y presilla, formando cinturón de tela adecuada.

4 a 10. PANORAMA DE TRAJES DE OTOÑO.

I. *Traje* de paño de color gris humo; falda montada a frunces y cuerpo kimono abierto sobre un chaleco de seda blanca; cinturón y cuello de raso negro.

II. *Traje* de hechura de sastrer de costilla de caballo de color gris, falda lisa y chaqueta recta con haldeta. Cuello hecho de una tira de pieles.

III. *Traje* de liberty de color habana de larga túnica fruncida a un alto cinturón de terciopelo negro, chaleco de tul bordado.

IV. *Traje* de cachemira azul oscuro con túnica formando punta a un lado, guarnecido de bieses de raso negro y un chaleco de encaje blanco.

V. *Traje* de gabardina azul nattier; cuerpo de tul bordado y ancho cinturón formando canesú, de liberty azul nattier.

VI. *Traje* de estilo sastrer de jerga negra. Falda con pliegues a cada lado del delantero. Chaqueta abrochada con un solo botón, orlada de un bies.

VII. *Traje* de charmeuse, color de tabaco, falda montada a pliegucillos. Cuerpo cortado de forma cuadrada sobre un peto de tul blanco, rodeado el escote de una tira de pieles.

CRÓNICA DE LA MODA

La importancia que en la época del Renacimiento italiano se adjudicaba a la apariencia exterior del individuo y la solicitud que éste ponía en conseguir el mayor atractivo de su persona, se explica por la refinada estética y sensualidad de la época, que poseída del deseo inmoderado de gozar, trataba de convertir todo lo terrenal en hermoso y atractivo, al par que el pronunciado individualismo inducía al individuo a esforzarse en sobresalir por su presencia armónica.

En la primera época del Renacimiento, Italia, en cuanto a la riqueza del traje, sobrepusó a todos los demás países; conservamos todavía una prueba de ello en los cuadros de los pintores de la época, así como en las novelas y en los escritos y sermones de predicadores indignados contra sus contemporáneos, tales como Savonarola y otros.

Desde la decadencia del imperio romano no se conoce en la historia época alguna en que los cuidados del cuerpo tomasen proporciones tan exageradas como en la del Renacimiento. Ariosto, burlándose de sus contemporáneos, describe en el acto quinto de su comedia «Cassaria» la *toilette* de una bella en los siguientes términos: «Empieza por rizarse el cabello, uno a uno; se embadurna luego la cara con colorete blanco y rosa, mirándose mil veces en el espejo. Alisa y abriga después las cejas, y pasa al arreglo de las manos. Una hora, a lo menos, maneja cuchillitos y tijeritas para dar a las uñas la forma deseada y frota las manos con limón y jabones diversos a fin de dar a la piel una blancura deslumbrante. Y así, prosiguiendo la *toilette*,» etapa por etapa, termina diciendo que en menos tiempo de lo que la bella necesita para hermosearse, podría armarse un navío.

Las damas de Venecia tenían fama de ser las más refinadas en cuestiones de tocador, por estar en relaciones ininterrumpidas con el Oriente; sobre todo ensalzábale el arte con que la veneciana teñía su cabello, dándole el hermoso color rubio, conocido por «oro veneciano», que se admira en los cuadros del Ticio y de los artistas contemporáneos del mismo. Para adquirir el matiz deseado del cabello, la dama no solía retroceder ante los tratamientos más complicados y a menudo nocivos para la salud. Empleábanse materias cáusticas, tales como el vitriolo, el tártaro, el alumbre, azufre en polvo y cloruro de sodio, con ingredientes varias: miel rosada, aceite de simiente de adormideras, vino blanco, hígado de buey, sepia, goma arábiga, etc., hasta el número de 23, que se mezclaban en una retorta a fuego lento como las mixturas de los alquimistas medievales.

Otro medio para dar al cabello un tinte rubio de oro consistía en exponerlo a los rayos ardientes del sol después de haberlo humedecido con cierta substancia. Césare Vecellio, en su obra «Habiti antichi é moderni», publicada en Venecia en el año 1598,



4—Página para niños

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de castillo. — 4. Página para niños. — 5. Abrigos de entretiempo. — 6 a 11. Panorama de trajes de Otoño.

HOJA DE PATRONES NÚM. 803. — Varias prendas diferentes. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 803. — Diversos y variados dibujos. FIGURÍN ILUMINADO.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE CASTILLO.

I. *Traje* de charmeuse azul rey, falda con pequeña túnica y cuerpo blusa con haldeta formando punta. Ancho cinturón de tafetán a cuadros y cuello valona de tafetán negro.

II. *Traje* de cachemira de seda de color gris topo guarneci-

lado, adornado con un cuello y corbata de regata de raso encarnado.

II. *Traje* para niños, hecho de paño blanco con cuello, puños y regata guarnecidos de bieses estrechos, cinturón adecuado.

III. *Delantal* para niña, de tela blanca, guarnecido de una tira bordada que rodea el escote y descende a ambos lados del delantero.

IV. *Delantal* de tela listada, adornado de bieses de tela lisa y de bolsillos a ambos lados del delantero.

V. *Delantal* de niña, de muselina estampada, guarnecido de entredoses de guipur.

3. ABRIGOS DE ENTRETIEMPO.

I. *Abrigo* de tela a cuadros, adornado con un bies de raso negro y un cuello de seda blanca, pudiéndose llevar con el

cuenta que las damas, vestidas con una bata ligera de seda o de hilo, se sientan en el balcón, exponiendo la cabeza al sol del mediodía y protegiendo la cara con una especie de sombrero de finísima paja, llamado «solana», fabricado expresamente para el mencionado fin.

En cuanto a los cosméticos para el rostro, se llevaron la palma las florentinas. Pero entrando en la preparación de sus afeites el sublimado y a menudo el arsénico, se echaron a perder la tez prematuramente. Las pocas afortunadas que poseyeron el secreto de conservar la delicadeza del rostro, lo guardaron celosamente. En su diálogo «Della bella creanza» nos presenta Alejandro Piccolomini a la hermosa Rafaela, que discute con una amiga sobre los secretos de tocador. Ella está en posesión de las recetas más delicadas, que surten resultados perfectos. «Dan al rostro y a la garganta un color delicado, a los dientes una blancura deslumbrante; hermean las manos y dan flexibilidad a toda la figura, ya que el rostro delicado y el cuerpo flexible es lo que hace hermosa a la mujer.» Sigue burlándose de las incautas que tratan sus rostros con sublimado y albayalde «de modo que, al secarse la pasta no pueden volver siquiera la cara sin correr el peligro de que se raje la máscara».

Otro de los abusos, debido a la moda imperante, que prescribía un escote exagerado, fué la costumbre extendida sobre todo entre las venecianas, de cubrir seno y garganta de pinturas de motivos variados. En vano lucharon con semejante aberración los moralistas, predicadores y hasta los poetas y literatos; la moda se sostuvo hasta que las generaciones posteriores se convencieron de lo absurdo de ella.

LA MENTIRA FEMENINA

Tema esencial de la novela sentimental (la mayor parte de las novelas de este género no existirían—ha dicho Camilo Maclair en la *Revue*—si se dejara de admitir el gusto innato de sus heroínas por la mentira) es un axioma, un misterio que no se discute, el de que la mujer es embustera de nacimiento. Falta saber si en esto somos juguetes de una enorme ilusión.

La cuestión de la ineidad de la mentira en la mujer no afecta a su mérito; si se llegara a demostrar, resultaría ser una nota característica que no se la podría criticar como la ferocidad en el tigre, la pasividad en el carnero o la fidelidad en el perro; pero nada hay más distante de esa demostración.

La mentira en la mujer está ligada con su condición social de sierva primitiva; objeto de placer e instrumento de procreación, la mujer ha tenido que acudir a la astucia para ser menos desgraciada, y así se ha formado lentamente la herencia de la mentira. Las religiones después, atacando el principio nocivo del deseo, han realizado la castidad como una fuerza mientras el hombre, más refinado en sus gustos, exigía que el objeto pasivo de sus espasmos de placer compartiera con él esa voluptuosidad, y la mujer ha recabado así su primer arma. El duelo dió comienzo, y el drama hizo grandes progresos con los siglos en la esfera moral, pero sin dar un paso en la social; la astucia sigue siendo el único medio de obtener ciertas concesiones en el gineceo o en el harem, y la psicología de la mujer se modela por costumbre de no pedir ni obtener nada sino por medios indirectos y extraviados.

Ser receptivo por excelencia, la mujer lleva la huella de su servidumbre, y todos sus sentimientos, forzados a tomar forma indirecta, difieren de los nuestros, predominando en ellos la imaginación por el desequilibrio entre los deseos contenidos y las satisfacciones defraudadas. El hombre cometió dos graves faltas: una, la de hacer de la mujer una esclava; y otra, la de no preocuparse de lo que esa esclava podría pensar, por creer que jamás llegaría a ser li-

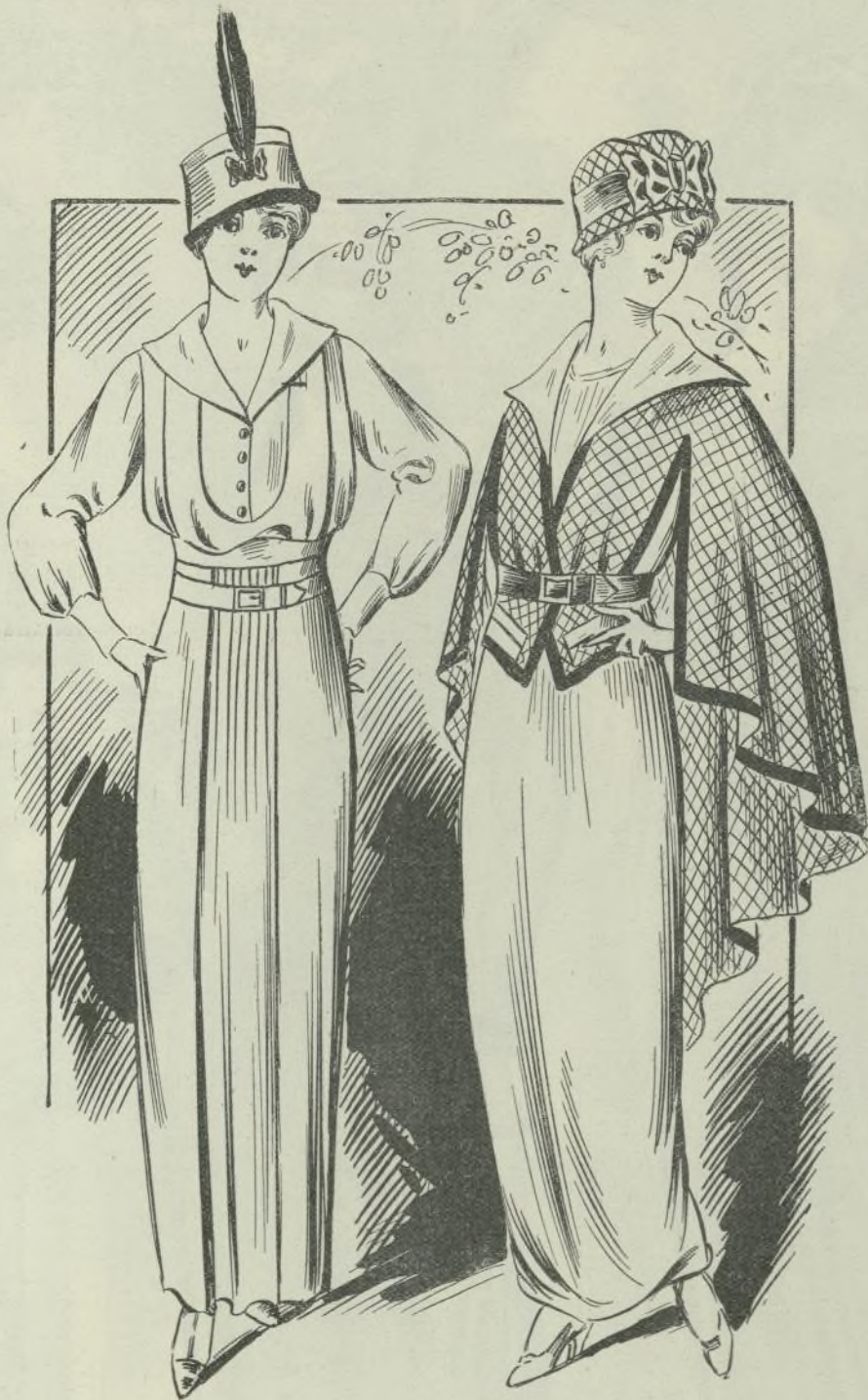
der privado, pero sin conquistar oficialmente terreno alguno social. Del Concilio de Trento acá tampoco se observa ningún cambio esencial, pues si la mujer ha llegado a adquirir un poder enorme, ha sido en el orden íntimo y nada más. La mentira ha sido siempre su palanca indispensable, y el hombre, convencido de que la mujer es embustera por naturaleza, se ha resignado con el hecho y ha seguido ignorando su psicología, sin ocurrírsele que aquella

mentira era el resultado directo de su modo secular de tratar socialmente a la mujer. El antiguo egoísmo de la propiedad, la utilidad de guardar un bien precioso, de alentar al objeto del placer a procrear soldados y obreros, las concesiones debidas al modelamiento de las costumbres y al deseo de asegurarse la vibración recíproca de la mujer poseída, el consentimiento de hacer de una esclava un ídolo, la idea de la fatalidad de la mentira original certificada por la Escritura, todo eso, revuelto, lo encontramos todavía en las impulsiones del hombre de hoy.

La mujer no ha nacido embustera ni la mentira es un instinto, sino el resultado de la contrariación de un instinto; la mujer se ha hecho embustera por la ley de la acomodación al medio ambiente. Claro es que al hablar de «mentira femenina» se trata de la pretensión instintiva en la mujer de disponer a su arbitrio de su cuerpo y de su alma, y de los disimulos que requiere la negativa del hombre a esa pretensión.

El examen de los ejemplos de mentiras femeninas más conocidos muestra que son obra del hombre y de sus exigencias, pudiéndose reducir a algunas categorías generales. La exigencia de la fidelidad en una joven educada en la ignorancia de toda fisiología conduce a obligarla a un don exclusivo de sí misma, cuyo sentido y valor desconoce; una mentira trae otra, y la sociedad no admite que se pueda reparar la primera por medio de la más franca sinceridad, sino mintiendo de nuevo. Es el caso más elemental y corriente, y todos los demás, bien analizados, se reducen a éste. Se ve bien que la supuesta ineidad de la mentira femenina es un error difícil de desarraigar.

F. A.



5.—Abrigos de entretiempo

bre. La astucia y la imaginación forman la psicología de la mujer reclusa, como la de todos los prisioneros. Las religiones siguen siendo sus enemigas, y ni el paganismo griego siquiera, con su culto público del amor, otorgó a la mujer el derecho de darse libremente, a menos de confesarse cortesana.

La intervención del catolicismo complica todavía la cuestión con su mezcla de doctrinas evangélicas y mosaicas. Jesús perdona el adulterio, aconseja la libre elección y convierte a la esclava-ídolo en compañera; es el fin de la mentira; pero el Antiguo Testamento mantiene la desconfianza respecto a la mujer y proclama la ineidad de su mentira por el pecado original; el matrimonio es lícito, la castidad preferible; la carne es vil, la mujer peligrosa y demoníaca; es la forma de Satanás y la embustera eterna.

Así el error primitivo quedaba formidablemente confirmado por la fe religiosa, y la suerte de la mujer quedaba decidida hasta una época imprevisible, estando condenada a mentir. La evolución de las costumbres nada significa; la mujer en la Edad Media con el culto caballeresco y las cortes de amor, sigue siendo la esclava ídolo, desarrollándose su po-

CONSEJOS ÚTILES

Un callista londinense asegura que su negocio se arruinaría si la gente llegase a convencerse de que los callos más rebeldes pueden curarse frotándolos todas las noches con vaselina. La cura es sencillísima y sólo requiere mucha constancia.

Los pies doloridos se alivian mucho frotándolos con ungüento de hamamelis de Virginia.

Los juanetes se curan frotándolos por la mañana y por la noche con aceite común. Los juanetes incipientes pueden quitarse fácilmente en un par de semanas con dicho remedio.

Otro remedio eficaz contra los juanetes incipientes es el yodo, pero hay que asegurarse primeramente de que este producto no es perjudicial para la piel, porque existen personas a quienes les prueba muy mal.

Los pies se quedan muy descansados bañándolos de vez en cuando en agua caliente con un poco de soda; sin exagerar la dosis de este producto, porque puede perjudicar.

Un remedio muy antiguo y muy eficaz contra los callos es el de aplicarles por la noche un trocito de limón y vendarse el pie para que el limón no se corra de sitio. Después de repetir la aplicación unas cuantas noches se lavan los pies con agua caliente y el callo podrá arrancarse perfectamente con unas tijeras.

El peor enemigo de los intereses de los callistas es una enfer-



6 a 11.—PANORAMA DE TRAJES DE OTOÑO

medad larga del cliente, porque por lo mismo que se pasa cinco o seis semanas en la cama suele perder el pelo, pero también pierde los callos.

El calzado bueno es otro de los enemigos del callista. Unas botas mal hechas o de número mayor o menor del que debe usarse, no sólo producen callos, sino que, a la larga, son causa de juanetes. En cambio, si el calzado es bueno y tiene la medida y la forma conveniente para los pies del portador no se forman callosidades.

PENSAMIENTOS

Hay que estar por su patria, no contra las demás patrias, sino con ellas, y todas juntas con la Humanidad. La Humanidad, como unión orgánica de todos los hombres, no es todavía más que un ideal. El nacionalismo exclusivo es un error y una injusticia; el internacionalismo exclusivo no es menos falso ni menos injusto. No vayamos a sustituir la patria de los franceses o de los españoles por la patria de los proletarios o la de los capitalistas. Kant mismo ha dado a las naciones esta solemne advertencia: «Hasta el momento supremo de la constitución de los Estados Unidos de Europa, tenga cada pueblo la mano sobre la empuñadura de su espada; de otro modo, podría desaparecer antes del gran día».

ALFREDO FOUILLÉE

Si hay que optar entre el patriotismo y los sentimientos humanitarios, opto por el patriotismo.

EL CONDE DE HAUSSEVILLE

El amor a la patria y a la humanidad son de los más compatibles. Cada nación vive hoy con el cerrojo echado y el revólver cargado, como un hombre que no cuenta con la policía. Organice Europa su policía y las naciones podrán estar entre sí como personas honradas.

LUIS HAVET

El hombre que ama los demás países tanto como el suyo es un miembro tan inútil de la sociedad como el que ama a las demás mujeres tanto como a la suya.

La nación más saturada de la idea nacional es el miembro más útil de la confraternidad de las naciones.

ROOSEVELT

La idea de patria es una idea esencial que, lejos de estimarse como una añeja superstición, es uno de los sentimientos más elevados, más propios para ennoblecer el alma y para alzar a los hombres por encima de los intereses de su efímera personalidad. No hay oposición entre el amor a la patria y el amor a la humanidad, pues el verdadero patriotismo no consiste en querer mal a los demás pueblos. Suprimir las naciones sería mutilar y empobrecer la humanidad. La concepción de una sociedad cosmopolita no solo es una quimera, sino una utopía retrógrada, análoga al sueño de la monarquía universal, que tanta sangre ha hecho correr.

ANATOLIO LEROY BEAULIEU

El mejor patriota puede tratar al extranjero como hermano.

MAGNAUD

El patriotismo es la virtud esencial de los pueblos que quieren permanecer fuertes. Un pueblo no funda nada, no conserva nada, si no tiene ardiente amor a la patria. Nada impide conciliar este sentimiento con el amor a la humanidad.

A. MEZIERES

Voltaire escribió: «El amor de la patria es el odio a la patria de los demás. Y San Pablo dijo: «No hay ya griegos ni judíos, escitas ni romanos: todos sois hermanos». Hay que amar a su patria, pero no por eso hemos de aborrecer al extranjero. Hay dos políticas: la de la de expoliación mutua y la de la asistencia mutua; y hay dos grandezas: la relativa, consistente en creerse más elevado cuando se ha rebajado a los demás, y la absoluta, que consiste en elevarse realmente uno mismo por el trabajo, la justicia y la paz. Ese debe ser el ideal del verdadero patriota.

FEDERICO PASSY

El patriotismo es un sentimiento muy noble, pero que se ha ensanchado extraordinariamente, no siendo fácil fijar sus límites, que se confunden con los de la raza. Si es lícito sentir preferencias, es a condición de que no impliquen odio, mentira ni injusticia. Amar a los franceses no quiere decir que se deteste a los italianos o a los alemanes. El patriotismo debe ser cultivado en los jóvenes; pero hay que enseñarles que por encima de la idea de patria está la idea de justicia, y por encima de ésta está todavía la de la fraternidad.

CARLOS RICHET

El patriotismo en sus orígenes fué el espíritu del *clan*, la injusticia organizada; para unos el privilegio y para otros la opresión; después este espíritu se dulcificó, y hoy ha sido rechazado hasta las fronteras; pero subsiste, pues los Estados viven entre sí sin ninguna obligación jurídica, y no se creen obli-

gados a hacerse justicia entre sí. El internacionalismo económico no hará desaparecer el patriotismo, que está llamado a ser, en el porvenir, estético sobre todo, aunque ahora no tenga tal carácter.

GABRIEL TARDE

La patria y el patriotismo, tal como estos conceptos están sancionados por la diplomacia, el régimen militar y el sistema fiscal, son una deplorable supervivencia, producto de un egoísmo agresivo que sólo puede dar por resultado la destrucción de las obras humanas y el exterminio de los hombres. Históricamente, la patria fué siempre idea mala y funesta. El mundo nos pertenece y nosotros pertenecemos al mundo. ¡Abajo las fronteras, símbolos de acaparamiento y de odio! Tenemos prisa de poder abrazar a todos los hombres y llamarlos hermanos.

ELISEO RICLUS

El patriotismo es compatible con los sentimientos humanitarios; no debe ser un instinto que odia, sino una virtud que prefiere. Se puede amar y servir a la humanidad; pero es inútil sacrificarla esa idea de patria que ha hecho la fuerza de las naciones. Un patriota militante es un humanitario en acción. En cuanto a la cuestión del «respeto a la justicia, horror a la fuerza brutal, amor al prójimo, inutilidad de las fronteras, si todos los hombres fuesen hermanos y todas las naciones hermanas...» ¡Verdades que son la verdad misma, pero que se desvanecen al menor arrebato de cólera y desaparecen al primer cañonazo! La razón, sin embargo, acabará por triunfar. ¿Cuándo? ¿Es hoy? ¿Será mañana?

JULIO CLARETIE

Perdonad a un viejo que prefiera su patria a las demás naciones, y preguntad al primer niño que encontréis si quiere más a su mamá que a las vecinas.

FRANCISCO COPPÉE

Sabemos que todos somos hermanos y que es criminal matarnos; pero nos empuja a la lucha la mala organización de nuestras relaciones internacionales. Estamos en el caso de las ciudades griegas: unidas contra los bárbaros, no cesaban de luchar entre sí por la hegemonía.

ANATOLIO FRANCE

Hay patriotismo y patriotismo; el bueno no está formado por el odio al extranjero, pero hay que atenerse con raíces profundas, al alma y al cuerpo de su país. En cuanto a la guerra debe desearse que se haga imposible de hecho, imposible de derecho, anulada por pacíficos arbitrajes y repudiada por la conciencia humana.

PABLO Y VÍCTOR MARGUERITTE

El patriota me hace el efecto de un salvaje con su cabeza adornada de plumas y su cintura de cabezas cortadas. Le hacen creer que es un héroe, y es en realidad un asesino. La idea de patria es la que sostiene todavía la abominable cuestión de las razas, cuando no debía haber más raza que una: la humanidad. Pero ¿qué sería entonces de los artistas, de los poetas, del pueblo mismo, que necesita su pasto de errores, prejuicios y mentiras? ¡Pobre pueblo! El ideal del humanitarismo está lejos de realizarse.

OCTAVIO MIRBEAU

El patriotismo es un legado de la época en que la enseñanza de la historia atendía a sembrar envidias entre los pueblos y los gobiernos y a cambiarlas en odios. Cada nación tenía su historia y su patriotismo. Hoy se ve que hay otra historia en la que todo el mundo trabaja, y que todo el mundo aplaude. Y esto se comerá a aquello.

H. DUCLAX

El patriotismo es la salud de los pueblos; los pueblos enfermos no lo tienen. Los pueblos humanitarios están condenados a morir y ser absorbidos por los pueblos patriotas. En Europa, el último pueblo patriota absorberá a los demás y creará una Europa análoga al Imperio romano, que será fuerte si tiene un enemigo y si es patriota, y que será débil y malsana si no tiene enemigo o no es patriota; y en este último caso será devorada por la primera banda de incultos que se presenten para conquistarla, como ocurrió al Imperio romano.

EMILIO FACUET

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

—Al cabo y al fin, decían a gritos algunos de aquellos hombres, la *Neerlandesa* valdrá siempre más que un miserable oficial del partido francés.

—¿Conque me entregáis ese hombre?, dijo la joven.

Van-Beuning, como hombre ducho en la materia, conoció que si persistía en querer asesinar al conde,

se exponía a ver desaparecer toda su popularidad. Por otra parte, queriendo echarla de político y ponerse en buen lugar con un hombre tan distinguido como Tilly, le dió a entender con una mirada que iba a aprovechar gustoso aquella circunstancia favorable que le permitía salvarle la vida.

—Vamos, dijo, supuesto que el pueblo se inclina a la clemencia, no se hable ya más sobre este asunto. Señorita, cantad la *Neerlandesa* y el prisionero está a vuestra disposición.

La turba empezó a palmotear con todas sus fuerzas.

Desde aquel momento Lidia no fué ya una mujer. Parecíase a aquellos ángeles que un hábil pincel coloca en derredor del trono del Altísimo, con una aureola celestial y una cítara en la mano. ¿Quién es capaz de explicar la elocuencia mágica de aquel instrumento al recorrer sus cuerdas con sus preciosos dedos? Pero lo más digno de llamar la atención es que la *Neerlandesa*, que ordinariamente enfurecía al pueblo, obraba un efecto enteramente contrario en las masas, ejecutada por Lidia, inclinándolas a la compasión y a la generosidad. En cuanto la artista hubo concluido, el conde estaba en libertad, y Lidia ofreciéndole la mano, le hizo entrar en aquella casa cuyos umbrales no había abandonado la joven.

—Amigos míos, dijo entonces el barbero, nada tenemos ya que hacer aquí. ¡Vamos a la cárcel!...

La hidra silbó entonces por sus mil bocas.

—¡A la cárcel!... ¡A la cárcel!... repitió en coro la multitud.

La puerta de la casa de Lidia se cerró en cuanto el conde estuvo dentro. Entonces Tilly cogió la mano de la joven: y habiéndola llevado respetuosamente a sus labios:

—Señorita, le dijo, acabáis de salvarme la vida. Desde hoy en adelante podéis disponer de cuanto yo valga del modo que mejor os acomode.

VII

LA ESPADA

Desde el momento en que el conde estuvo dentro de la casa fué objeto de las atenciones más delicadas tanto de parte de Lidia como de la señora Jacinta. En seguida le lavaron las heridas que tenía en el rostro, y después de hacerle la primera cura le obligaron a tomar un cordial, y al cabo de un rato a comer alguna cosa. El conde había sufrido crueles insultos de la multitud; su uniforme se hallaba hecho jirones y cubierto de lodo por varias partes; pero los golpes que había recibido no eran de mucha consideración. Unas vendas, un poco de agua de la reina de Hungría, y sobre todo el cuidado que de él tuvieron aquellas dos mujeres fueron remedios suficientes para curarlo casi completamente.

Habiéndole dejado solo para que descansase, el conde se durmió profundamente y no despertó hasta que hubieron pasado tres horas largas. Lo primero que se ofreció entonces a su vista fué el rostro cada vez más pálido, pero también cada vez más hermoso, de la joven arpista.

—¡Bendito sea Dios, señor conde!, dijo Lidia cuando Tilly se despertó; todo esto no será nada. Esta noche creo que ya estaréis enteramente restablecido.

—¿Y cómo no he de restablecerme como por encanto, contestó el guerrero, siendo vos quien me cuidáis?

El conde estaba acostado en una buena cama. Con el buen humor que saben manifestar los militares en ocasiones análogas, dijo que aquello era demasiado afeminado, y a costa de algunos esfuerzos y con la ayuda de las dos mujeres, saltó del lecho y fué a sentarse en un sillón.

—Sobre todo, señor conde, le dijo Lidia, no vayáis ahora a cometer alguna imprudencia.

—Y ¡sois vos quien me habla de esa suerte!... contestó el conde. Acordaos, señorita, de que el modo que habéis tenido de salvar mi existencia os quita todo derecho para hacerme reconvenções sobre este particular.

Medio tendido sobre un almohadón, el conde repasaba en su mente los principales episodios que acababa de atravesar, deteniéndose más que en ninguno como es fácil discurrir en aquel fatal momento



Gaston DROUET, Editeur

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona

Reproduction Prohibida

XXIX 802

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "**Crème Simon**"

Ayuntamiento de Madrid

1927



en que, próximo a ser asesinado por aquellos hombres furiosos que le rodeaban en la calle, se había visto libre de repente por el valeroso esfuerzo de aquella misma joven que cuidaba de él entonces con tanto esmero. El conde de Tilly no podía menos de decir entre sí al verla, lo que decían todos los que la habían visto una vez: «¡Qué hermosa es!», y estas palabras las repetía en su interior a cada momento. Lidia reunía a todas las demás gracias derramadas sobre su persona, una modestia encantadora que la atraía el respeto de cuantos la miraban. Ya hemos dicho la parte que tomaba nuestra interesante joven en las desgracias que afligían a Holanda, y también nos son conocidos los motivos de pesar que tenía al ver la desesperada situación en que se hallaban Juan y Cornelio de Witt; así es que en su rostro se advertía cierta melancolía dulce, mezclada con una buena dosis de ira, al considerar el modo inicuo con que eran tratados los más fieles servidores de la patria.

Vamos, decía el conde entre sí: he aquí otro peligro que yo estaba muy lejos de prever. A proporción que las heridas de mi cuerpo se van cerrando, se abren otras mucho más peligrosas en mi alma. Si permanezco veinticuatro horas más en esta casa, saldré de ella enamorado como un loco de la linda joven que la santifica con su presencia y a la cual soy deudor de un beneficio que jamás podré pagar debidamente. No hay remedio; para un soldado, para un hombre de corazón sería ahora emplear muy mal el tiempo, el dedicarse a hacer el amor a una joven. Es preciso salir de aquí bajo cualquier pretexto.

Entonces fingió que quería descansar aún un poco más; pero al cabo de algunos instantes, levantándose de pronto del sillón en que hacía como si durmiese se dirigió a su joven protectora diciéndole:

—¡Señorita!, cuanto más reflexiono lo que ha pasado, tanto más me convenzo de que no debo abusar por más tiempo de vuestra bondad. El motín ha empezado con tal violencia, que no es fácil que se sosiegue tan pronto. ¿Quién sabe si a la hora de ésta se os imputa a crimen el haberme salvado la vida?

Lidia, al oír esto, le hizo una seña con la mano indicándole que no insistiese más sobre este punto.

—Cesad, señor conde, le dijo, de atribuir tanto mérito a una acción tan sencilla y que nada tiene de particular. Por otro lado, ¿qué es lo que me ha costado a mí eso que vos pretendéis que sea un sacrificio? Una canción arrojada al viento y pulsar un rato las cuerdas del arpa. Esto ni siquiera merece que vuelva a hablarse de ello jamás.

—Ya sé, replicó el capitán general, que ese sublime acto de generosidad no ha tenido hasta ahora para vos ninguna consecuencia desagradable. Pero, ¿quién es capaz de responder de que esas bandas de frenéticos que se han dispersado con solo oír vuestra deliciosísima voz, no vuelvan aquí de un momento a otro a reclamar su presa? Volverse a apoderar de un desgraciado oficial, desarmado a traición, no significaría nada. Esto se está viendo todos los días. Por otro lado, desde que yo abracé la carrera de las armas hice ya el sacrificio de mi vida. Lo que yo no me perdonaría nunca, señorita, sería que por mi causa se hallase la vuestra en peligro.

—Al salvaros, contestó Lidia, no he hecho más que evitar una desgracia causada por mi imprudencia. Sobre mí era sobre quien debían caer todos los golpes que os han alcanzado a vos.

—¿Qué queréis decir con eso?, replicó el conde.

—¡Recordad la carta de la huérfana de Dordrecht, señor de Tilly!...

—¿Cómo? ¿erais vos quien me encargaba que salvase a los dos hermanos?

—Sí.

—¿Tanto los queréis?

—Les debo todo cuanto soy, respondió sencillamente la joven.

Aquí Lidia creyó deber contar al conde la historia de la cruz de oro en los mismos términos que la hemos visto al principio de esta obra.

—Sí, dijo en cuanto hubo concluido su relación, cada uno de los dos Witt ha sido un padre para mí.

—¡Pues bien!, yo puedo decir de ellos otro tanto, contestó el conde: acabáis de iniciarme en el secreto de una de sus buenas acciones, y yo debo a mi vez contaros otra, de la cual ellos y yo tenemos conocimiento únicamente.

—¡Oh! ¡Tienen un corazón muy noble!..., dijo la reconocida huérfana.

—Aunque me veis al servicio de Holanda, no debéis ignorar, señorita, que yo no soy de este país. Quizá no os diré nada que no sepáis contándoos que he nacido en Francia y que soy hijo de una familia distinguida de Normandía. Hace seis años que, terminada completamente mi educación, mis padres me enviaron a la corte a fin de que en ella me instruyese, procurando al mismo tiempo mis adelantos. El esplendor de Versalles me deslumbró en un principio. Sin embargo, supe hacerme querer en tales términos de los principales cortesanos, que al poco tiempo de estar entre ellos, Turena me ofreció el mando de un regimiento. Un día que estábamos cazando en el bosque de Rambouillet, iba yo corriendo a escape y no vi a una señora magníficamente puesta, que iba a incorporarse a la comitiva del rey, de la que se había separado poco antes. Esta amazona era nada menos que la condesa de Montespán. Yo no sé cómo fué; pero ello es que al pasar por su lado, se me enganchó una espuela en uno de los lazos de cintas que guarnecían el vestido de aquella señora. Esto bastó para que se armara un escándalo. Los partidarios de la favorita, que eran muchos, no vacilaron en asegurar, que, lejos de ser imprevisto, aquel lance estaba meditado ya mucho antes, y no fué necesario más para los que veían mi prosperidad con envidia, hiciesen de mí una pintura a Luis XIV que me favorecía muy poco. Turena logró, sin embargo, echar tierra sobre aquel negocio; pero la condesa me miraba con malos ojos, y sus amigos habían jurado no descansar hasta perderme en el ánimo del monarca. A los quince días, poco más o menos, empezó a correr un soneto epigramático, en que se ridiculizaba el lance del bosque entre la condesa y yo. Amigos y enemigos, todos me lo atribuyeron de común acuerdo, y desde entonces no hubo ya medio de evitar la desgracia que me amenazaba.

Al día siguiente recibí orden de salir desterrado de Francia por cuatro años. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Adónde iba a dirigirme buscando un asilo? Turena que no se cansaba de protegerme conoció cuán apurado debía encontrarme. En el momento en que me estaba disponiendo para emprender mi marcha en cumplimiento de la Real orden que se me había comunicado, recibí una cartita suya escrita con lápiz, en la cual me recomendaba al gran pensionario de Holanda. Vos conocéis a Juan Witt, señorita, y no os admiraréis al oír que me acogió con esa afabilidad paternal que ningún hombre hasta ahora ha poseído en tan alto grado como él.

Antes de dos años, me decía muchas veces, podré volver a Luis XIV el décuplo de lo que él me da hoy. El rey de Francia me envía un soldado bisoño, y yo se lo devolveré hecho un general afamado.

Debo confesaros, señorita, prosiguió Tilly, que el gran pensionario ha puesto cuantos medios estaban a su alcance para obtener el resultado que se había propuesto; si no lo ha obtenido, mía y no suya ha sido la culpa. Merced a las atenciones que conmigo ha tenido, yo miro Holanda como mi segunda patria; pero por desgracia me veo reducido a no poder hacer nada ni por él ni por los suyos.

El conde se quedó pensativo después de haber dicho estas palabras. Sin embargo, dijo al cabo de un rato de meditabundo silencio, en La Haya no faltan hombres de valor. ¿Por qué no han de reunirse hoy mismo para hacer frente a esa canalla desesperada y frenética? Tres o cuatrocientos buenos aceros eran más que suficientes para restablecer el orden. Pero para lograrlo era también preciso que no se estuviesen durmiendo entre los brazos de un sillón, como lo estoy haciendo yo en este momento, por tres o cuatro arañazos insignificantes. ¡Señorita!, la indignación me ha vuelto todas mis fuerzas. ¡Por Dios no me detengáis más en este sitio! Dentro de un par de horas habré logrado reunir un puñado de hombres amantes de la ley, y esto es todo cuanto necesito. ¡Dejadme marchar!

Lidia, que no confiaba en que la tropa protegiese la vida del gran bailío, trató aún de detener al herido haciéndole ver, que el menor esfuerzo podía poner su vida en peligro, sin utilidad de nadie. El conde, sin embargo, estaba tan decidido, que casi no hizo alto en lo que le decía la joven.

—Quizá dentro de una hora, la dijo, sería ya demasiado tarde para lograr lo que me prometo. ¡Señorita, yo os debo la vida: juzgad cuánto más os deberé si logro arrancar al bailío de manos de sus verdugos!

Al decir esto se levantó y se ciñó la espada que no habían logrado quitarle los amotinados.

En este momento se oyó un vocerío atroz, cuyo eco llegaba hasta la humilde casita de Lidia. En medio de aquel tumultuoso griterío se oía distintamente de cuando en cuando: ¡La sentencia!... ¡la sentencia!...

—Aun están al pie de la cárcel, dijo Tilly. ¡Plegue a Dios que no lleguen a forzar sus puertas!

Dicho esto, hizo un profundo saludo a Lidia, y besándole repentinamente la mano:

—Adiós, señorita, le dijo. Voy a ver si puedo reunir a cuantos amigos. Pedid a Dios que me favorezca en mi empresa.

—Adiós, señor conde, respondió Lidia: Dios no puede menos de bendecir a un hombre tan generoso como vos.

Los gritos de la plebe se dejaron oír entonces con mayor furia y Lidia añadió en voz baja.

—Yo voy por mi parte a emplear el único medio que me resta de salvar a los dos hermanos.

—¿Dónde y cuándo volveremos a vernos?, le preguntó Tilly.

—Solo Dios lo sabe, contestó Lidia.

—Pues bien, señorita, suceda lo que quiera, os juro sobre el puño de mi noble espada, que aun cuando me hallase al otro cabo del mundo, correré en vuestro apoyo desde el momento en que os dignéis llamarme.

Dicho esto, salió por el lado de los cuarteles; Lidia cubierta con un mantón negro, salió poco después y se dirigió hacia la prisión de Estado.

—¿Llegaré aún a tiempo?, decía entre dientes a cada paso que daba.

VIII

LOS DOS HERMANOS

Al abandonar los arrabales los grupos se habían dirigido a la cárcel, como ya hemos dicho. Su objeto era oír la sentencia pronunciada contra Cornelio de Witt, y los agitadores querían hallarse en los sitios en que se publicase a son de trompeta, a fin de protestar y exigir más severidad, caso que les pareciese demasiado benigna. En consecuencia, Van-Beuning y Guillermo Tychelaer se hallaban cada uno en su puesto para dar orden al populacho de lo que debía gritar. Enrique Veroef, por su parte, estaba al frente de una fuerza respetable de amotinados. Sable en mano y sin descansar un momento, recorría los veinte centinelas que había escalonado en todas las avenidas de la cárcel, los cuales se hallaban armados con picas, hoces, piquetas u otros útiles parecidos a éstos.

—El perro, les decía, no se nos escapará con tanta facilidad.

(Continuará)

RECETA CULINARIA

Sopa de almendras

Se toman una libra de almendras dulces bien sanas y seis o siete almendras amargas; se echan en agua bien caliente y cuando están bien reblandecidas se las monda, dejándolas remojar en agua fría quince o veinte minutos. Se las escurre bien y se echan en un almirez de mármol para mojarlas, y durante esta operación se les va agregando algunas gotas de leche, si se la tuviese a mano, y si no de agua. Se prepara una infusión de 50 gramos de coriando (cilantro), con la mitad de una corteza de un limón. En esa infusión se disuelven las almendras mojadas, mezcla que se cuele después a través de un lienzo fino. Se le añade un poquito de sal y azúcar blanca, la que se juzgue conveniente a gusto de cada cual, y en seguida se la coloca en una caldereta estañada, en un baño maría, en donde se la mantiene caliente hasta el momento de servirla. Se cortan unas rebanaditas de pan a lo largo y se tuestan al horno o a la hornilla, entre dos fuegos; se ponen en una sopera y se les vierte la leche de almendras. Esta sopa puede también rociarse con canela molida.

¡Calvos! ¡Caalvos! ¡Caaaaalvos! ¡¡¡Caaaaal...vos!!!

Si no queréis ser CALVOS, usad, contra la CALVICIE,

PETRÓLEO SANSÓN

VENTA: PERFUMERÍAS, DROGUERÍAS Y FARMACIAS ACREDITADAS

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOPPO

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO GELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

PARA EL CUTIS

TERSHOIL producto asiático para quitar arrugas y pliegues de la piel (patas de gallo) ronchas, escamas, cicatrices, granos, rojeces, puntos negros, etc. Jamás perjudica, a pesar de su actividad. Se remite por correo enviando CINCO pesetas por Giro postal al doctor Joly, de Madrid. Pedir prospectos gratis. De la Argentina, han de remitir tres pesos, moneda nacional; del Uruguay, un peso; de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y resto de América, un dollar en billete americano.

ANEMIA

DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

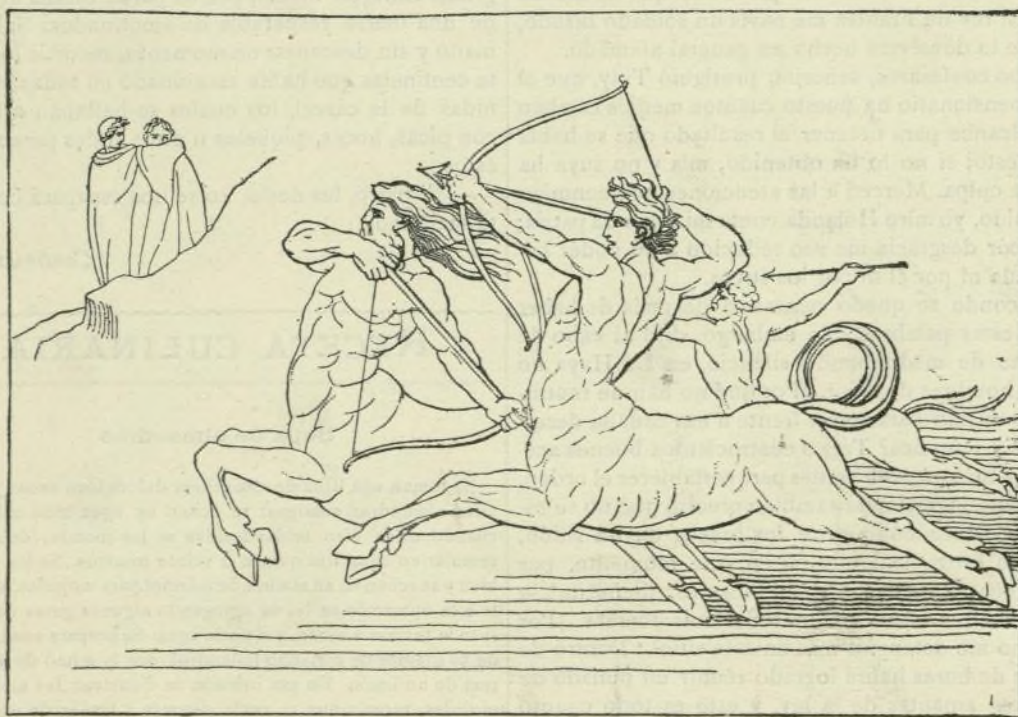
CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS



LA DIVINA COMEDIA por DANTE ALIGHIERI



Al vernos descender, se pararon todos, y tres se adelantaron de la fila, con los arcos y flechas que habian de antemano prevenido.—Canto XII del Inferno

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publica en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constan de 8 pliegos de 8 páginas de texto, que contienen asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de J. Flaxman en número de 110.

La edición se ha impreso sobre papel couché y consta de 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

TERMINADA LA IMPRESIÓN DE ESTA
OBRA SE VENDE ENCUADERNADA
A 12 PESETAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN